

EXTRAÑOS EXTRAÑOS

En los últimos diez mil años –año arriba o abajo– la humanidad apenas ha conocido ningún avance que haya mejorado su vida en lo sustancial. Así, en lo referente a los sistemas de producción y de poder, el mandato divino de ganarse el pan con el sudor de la frente del de enfrente sigue vigente y aplicándose a rajatabla. Consustancial al género humano desde la época del Génesis. Dejando aparte los sofisticados inventos del fuego y de la rueda, ha habido, eso sí, desarrollos tecnológicos que han hecho la vida más confortable para algunos. Pero en lo fundamental, la forma de vida de la humanidad se ha sustentado en el parasitismo, bien sea sobre plantas, animales u otros seres humanos. Apenas ha habido simbiosis.

Hace diez mil años también que los vascos –o unos de sus antepasados, no hay por qué ponerse quisquillosos– ocupamos los montes y valles que forman un ángulo de 90 grados con el mar, al oeste de Europa entre los ríos Garona y Ebro. Se trata de un lugar agradable, con un clima templado, abundante agua y escasa actividad sísmica. Elementos que, evidentemente, facilitan la vida. En cambio, carece de petróleo, oro, diamantes, coltán y uranio. Elementos que, evidentemente, facilitan la buena vida. Un territorio que ha sido y es lugar de paso entre África y el resto de Europa. Encrucijada de movimientos migratorios de todas las especies, civilizaciones, animales y, por supuesto, tropas militares.

Parece ser que en estos diez mil años los vascos han mirado atónitos a este ir y venir de gentes. Algunas veces han aprendido algo de todos ellos y otras han olvidado cosas propias. Sin embargo, incomprensiblemente, siempre ha sido considerado como un pueblo extraño, por todos esos transeúntes: gente extraña en un extraño país.

Es difícil pensar que un pueblo tan a la vista haya permanecido escondido a los ojos de todo el mundo y haya sido observado con asombro; un pueblo que, sin casi gestas épicas, ha sido capaz de conservar su identidad, algunos elementos culturales y otros organizativos propios durante tantos años: algunos dioses, algunos sonidos, algunos vinos y una lengua.

¿Su secreto? Cualquiera que sea, debe de estar a la vista de todo el mundo. Y, sin embargo, atraído y sigue atrayendo a curiosos, investigadores, filósofos, escritores, militares, cineastas e incluso turistas que aparcan en doble fila de todos los rincones del mundo, en una interminable peregrinación en busca de no sé qué grial. Cada cierto tiempo aparece un nuevo descubridor de este pueblo a quien le deja fascinado y tiene necesidad de contarlo. Aunque posiblemente, de todos los descubrimientos, el mayor y más extraordinario de ellos no es obra de extraños, sino de los propios vascos cuando se descubren a sí mismos.

Sobre estos visitantes, sus descubrimientos y percepciones trata el libro de J. J. Bakedano. Son personajes extraños en un extraño país, donde lo habitual se convierte en extraño e incluso extraordinario. Como le ocurrió a Andrea de Bordeaux, cuando, con cierta curiosidad morbosa, preguntaba a ver si los vascos solamente se casaban con vascos (lo de vascas se sobreentendía o prefirió obviarlo). Hubo quien le dio la razón, aunque matizando que, aunque no fueran todos, la mayoría de los vascos se casaban con otros vascos y vascas, en la misma proporción que la mayoría de los franceses y francesas se casan entre ellos. Así un hecho habitual se convertía en un suceso extraordinario si los protagonistas eran vascos y/o vascas.

El libro de Bakedano es, en definitiva, un libro que no deja indiferente a nadie: sin excesos, conciso. Cada página aviva la curiosidad e invita a profundizar en el personaje, a buscar fuentes, a seguir la lectura. Un libro que abre puertas: las del conocimiento y la cultura. Un libro que reúne una cuidadosa selección de personajes que se atrevieron a asomarse al abismo del tiempo de Euskal Herria. Un pueblo que, por lo menos, no les defraudó, pero que como en la fábula de los ciegos y el elefante solo fueron capaces de descubrir y describir una de las partes de la bestia, sin llegar a completar el puzle de los vascos, que siguen en su rincón pirenaico latiendo su corazón igual que hace diez mil años

(Kepa Larrea)